

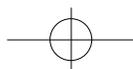
El mundo y la guerra: *entrevista con Kal Holsti*

Adam Jones

En junio de 1999 Kalevi J. Holsti se retiró de su cargo como profesor emérito *Killam* en el Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de la Columbia Británica en Vancouver. La extensa y diversa carrera profesional del profesor Holsti ha aportado un considerable número de obras clásicas al ámbito de las relaciones internacionales, entre las cuales destacan *The Dividing Discipline* (1985), *International Politics: A Framework for Analysis* (séptima edición, 1994), *Peace and War: Armed Conflicts and International Order, 1648-1989* (1991) y *The State, War and the State of War* (1996). El profesor Holsti se ha desempeñado como presidente de la Asociación de Estudios Internacionales y de la Asociación Canadiense de Ciencias Políticas, y se mantiene afiliado a la Universidad de la Columbia Británica en el Liu Center for the Study of Global Issues. La entrevista que se presenta a continuación fue realizada en enero de 2001 en la oficina del profesor, ubicada en el Centro Liu. Es importante mencionar que el texto de la transcripción original fue modificado y editado con la venia del profesor Holsti.

Adam Jones: Usted ha dedicado gran parte de su más reciente quehacer como investigador a la cuestión del conflicto y de la intervención humanitaria en el llamado Tercer Mundo. ¿Podría empezar por trazar un breve resumen del concepto “guerras del tercer tipo” y el desafío que, de acuerdo con su perspectiva, estos conflictos representan para los marcos conceptuales tradicionales?

Traducción del inglés: Atenea Acevedo.





Kal Holsti: La incidencia de las guerras *entre* los Estados ha disminuido drásticamente desde 1945, al tiempo que ha habido un aumento impresionante en el número de guerras *al interior* de los Estados. Desde 1945 la mayoría de las víctimas, es decir las personas que han muerto en forma violenta, han perecido a manos de sus propios gobiernos, o bien de milicias compuestas por sus propios vecinos; es decir, sus muertes no son imputables a ningún ejército extranjero. Ni el realismo ni otras perspectivas tradicionales sobre las relaciones internacionales aportan mucho acerca de los orígenes de estas guerras intestinas. Si se desea comprender este tipo de problemática es necesario incursionar en otras áreas: política comparativa, economía, agotamiento de los recursos, demografía y toda una serie de cuestiones que por regla general no se incluyen en la concepción tradicional de la guerra como tema de estudio. Para entender casos como el de Rwanda y Somalia, que se repiten en varias regiones del mundo, es indispensable contar con un razonamiento que vaya más allá de las teorías acerca de la formación de alianzas, de la disuasión y de otros asuntos que se estudiaron en forma masiva durante la guerra fría. La teoría de la disuasión y la aproximación basada en las armas nucleares es inservible para Rwanda y Somalia. El razonamiento implícito de la guerra como una cruzada al más puro estilo de Clausewitz exige una reconsideración. Muchas de las guerras actuales no son ejemplos de la consecución de la política por otros medios, y quienes toman parte en ellas no siempre tienen por objetivo ganar la guerra, sino desarrollar una cultura de la guerra que les permita obtener un beneficio personal a partir de las múltiples prácticas criminales y extorsionistas de las que se valen para dar curso a su propia violencia. No es fácil encontrar la línea divisoria entre la guerra y la criminalidad en muchos de los conflictos actuales. Rousseau afirmaba que en la guerra se mata sólo para ganar, pero en las guerras contemporáneas la afirmación de Rousseau se formula a la inversa. Hitler, siguiendo el ejemplo de las guerras coloniales europeas y estadounidenses del siglo XIX, pretendía ganar para matar. El objetivo de la guerra solía ser ganar en el sentido más convencional, pero ahora consiste en erradicar y limpiar étnicamente a las poblaciones civiles y beneficiarse de las actividades criminales. Gran parte de las guerras contemporáneas se parece más a la Guerra de los Cien Años o a la Guerra de los Treinta Años que a las guerras clásicas de los siglos XVIII y XIX.



Tal vez el aspecto positivo de esta realidad tan penosa sea que ninguno de estos conflictos tiene probabilidades de seguir una escalada y convertirse en una guerra internacional. Puede haber intervenciones armadas, pero dudo que alguien en Washington, Londres o Moscú esté dispuesto a iniciar una guerra nuclear para tratar de detener a los caudillos de Somalia.

AJ: Usted mencionó el legado colonial, un elemento que ha enfatizado en su análisis de las debilidades del Estado en el Tercer Mundo. En su opinión, ¿cuán relevante es este legado en términos del conflicto moderno? ¿Cree que en ocasiones las élites exageran su importancia en nombre de sus propios intereses o de la necesidad de justificar sus actos?

KH: Es necesario conservar un criterio amplio cuando se trata de los orígenes de estos conflictos y no suponer que todas las guerras dentro de los Estados son necesariamente guerras étnicas. No obstante, el legado colonial todavía es muy fuerte. El problema esencial consistía en transformar aquello que de acuerdo con todas las definiciones era un mecanismo político bastante artificial –o sea, una colonia– en un Estado moderno. Las fronteras también eran artificiales, ya que habían sido definidas según las estrategias y los acuerdos entre los diplomáticos europeos sin considerar a las poblaciones. No es fácil transformar estas organizaciones en extremo artificiales, llamadas colonias, en sociedades nacionales coherentes, en las que los diversos grupos que construyan el nuevo país sean capaces de convivir. Los indios han manejado esta situación bastante bien, al grado que uno de los milagros del siglo XX es que la India no se haya desplomado; pero no todas las antiguas colonias han sido tan hábiles o afortunadas.

Al momento de alcanzar la independencia, apenas unos cuantos de los denominados luchadores por la liberación nacional mencionaron el posible retorno a las formas políticas previas a la colonia. La mayoría de ellos aceptó el concepto occidental de Estado-nación, el cual sigue siendo tomado como modelo. Entre los grupos musulmanes todavía hay quienes cuestionan este concepto, pero el modelo occidental de Estado parece ser el dominante. No es fácil empezar con algo tan artificial como una colonia y convertirlo en un Estado eficiente y efectivo. Algunos casos revelan un verdadero éxito, como ocurre con



Malasia, Trinidad y Tobago, Botswana y Mauricio. Es una lástima que nos limitemos al estudio de los desastres y que una minoría se dedique al análisis de las historias exitosas, pues hay mucho que aprender de ellas.

AJ: ¿Tiene alguna idea acerca del porqué de ese fenómeno? ¿Qué variables vienen a su mente al escuchar esta pregunta?

KH: La más importante es la inclusión. Los gobiernos deben sistemáticamente evitar la exclusión de grupos específicos. Si se toma el caso de Rwanda, el de Burundi o el de Liberia, se observará que el elemento común es la existencia de un grupo mayoritario o minoritario que excluye a otros grupos de la participación política, de los subsidios y de los programas gubernamentales. En algunos casos los excluidos han sido expulsados del país, en otros han sido víctimas de genocidios o “politicidios”, o simplemente se les ha negado el derecho al voto y se les ha discriminado. En los países que han tenido éxito en la conformación del Estado-nación existe por lo menos el intento de ser políticamente incluyentes. En Malasia, algunos programas gubernamentales, aunque impopulares en ciertos círculos, se han dedicado al otorgamiento de beneficios especiales a los grupos subordinados, como los malayos, comparados con los chinos. No existen recetas ni fórmulas, pero la característica común a la transformación exitosa de las colonias en Estados modernos es un sistema político incluyente, así como la existencia de partidos políticos que trascienden las diferencias étnicas y de idioma. La transparencia del gobierno y las fuertes políticas en contra de la corrupción también desempeñan un papel importante.

AJ: Ahora quisiera pasar al entorno internacional del conflicto. En este sentido, usted ha lanzado críticas bastante fuertes en relación con la conducción del proceso diplomático previo a la guerra en Kosovo, un proceso que usted denominó “error diplomático”, pues estaba más orientado a provocar a Milosevic para que estallara la guerra que a resolver el conflicto por medios pacíficos. No obstante, usted también reconoce que los fenómenos como la dictadura, las prácticas excluyentes hacia las minorías y la limpieza étnica son factores clave para el estallido del conflicto, hasta el punto de incluir asesinatos masivos y genocidios. En términos generales, ¿cuál considera que es la mejor forma de en-



frentar el desafío de las dictaduras y de la violencia al interior del Estado? ¿Cuál sería el papel específico que desempeña o debe desempeñar la fuerza militar?

KH: Ese es precisamente el gran dilema de las relaciones internacionales de la posguerra fría. Se trata de un problema que preocupaba y todavía preocupa al antiguo ministro de Asuntos Exteriores de Canadá,¹ al igual que a sus colegas de los Estados Unidos. Con toda franqueza, creo que no hay una respuesta sencilla para el caso. Me considero un escéptico en lo que respecta a la intervención militar en regímenes incómodos, es decir que no cumplen con determinados estándares, por lo general establecidos en forma arbitraria por otros Estados. En 1968 las palabras de Leonid Brézhnev fueron: “De acuerdo con nuestro sistema de valores políticos, tenemos el derecho de invadir Checoslovaquia y derrocar a un gobierno que consideramos hostil al sistema socialista”. En Kosovo varios líderes de la OTAN afirmaron que el sistema político yugoslavo difería de su visión acerca de la forma en que los gobiernos deben tratar a las minorías y respetar los derechos humanos, por lo cual la organización tenía el derecho de realizar una intervención militar, aunque ésta no fuera aprobada por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Si va a haber intervenciones armadas es necesario que éstas pasen una serie de pruebas. En primer lugar, las intervenciones deben realizarse de conformidad con los principios y procedimientos del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Cuando el consejo decide que las acciones de un gobierno hacia sus propios ciudadanos constituyen una amenaza para la paz y la seguridad internacionales, entonces los miembros del Consejo de Seguridad tienen el derecho de aplicar sanciones económicas y de otra índole, incluida la fuerza militar. Tal fue la fórmula que se aplicó a Sudáfrica, Haití, Kampuchea, Bosnia, etcétera. En el caso de Kosovo, tanto los chinos como los rusos se mostraron inflexibles al oponerse al argumento de que la forma en que Milosevic trataba a la población kosovar constituía una amenaza para la paz y la seguridad internacionales. China y Rusia sostenían que las Naciones Unidas *no* tenían el dere-

¹ Lloyd Axworthy, actual director del Liu Center for the Study of Global Issues de la Universidad de la Columbia Británica.



cho de recurrir a la fuerza militar. En todo caso, la OTAN emprendió acciones en nombre de una obligación aún más apremiante: había vidas humanas en juego, había personas lesionadas y estaban siendo expulsadas de su lugar de origen, así que la OTAN tenía el deber de acudir en su auxilio. Este es un clásico caso de inquietudes políticas y éticas que pasan por encima de los procedimientos legales. La decisión de la OTAN era defendible desde un punto de vista moral, aunque legalmente resultaba sospechosa. Sin embargo, Occidente cometió errores, no en marzo de 1999 cuando se inició el bombardeo, sino durante el periodo que transcurrió entre octubre de 1998 y la emisión del *decreto* de Rambouillet. Milosevic se ganó los problemas que estallaron en Kosovo, pero los europeos y los estadounidenses defendieron la causa del ELK* e intentaron crear, en Rambouillet, un virtual protectorado en Kosovo. Ello equivalía a la partición de Yugoslavia, y no cabe duda de que fue, en parte, la razón por la que Milosevic empezó la campaña de limpieza étnica. La intervención armada fue, en cierta medida, resultado del fracaso de la política de Occidente.

AJ: ¿Considera que tanto la diplomacia como la academia, hasta cierto punto, tienden a “ir a la zaga de los estallidos de violencia”? ¿Diría que suele haber una incapacidad real de abordar los problemas en las etapas preliminares por la sencilla razón de que el fenómeno de la crisis nos resulta fascinante y tendemos a concentrar nuestra atención en un acontecimiento una vez que el conflicto ha estallado y se empieza a hablar de crisis?

KH: Es difícil tratar este asunto de manera pública, pero no estoy seguro de que esa afirmación sea verdadera en el caso de los responsables de formular las políticas. Antes de la Guerra del Golfo, cuando en febrero de 1991 los aliados iniciaron el lanzamiento de la operación Tormenta del Desierto, muchas voces clamaban: “Dad una oportunidad a la diplomacia”. Esa era la consigna, pero ya había habido intensa actividad diplomática, incluso desde la incursión inicial de Irak en Kuwait en julio de 1990. También hubo considerable actividad diplomática en torno de la cuestión de Kosovo, por lo menos desde marzo de 1998. El grupo de contacto que incluía a Francia, Rusia, Estados Unidos y Ale-

* Ejército de Liberación de Kosovo [N. de la t.].



mania tuvo una participación activa en aquel tiempo. Por medio de la diplomacia consiguieron llegar a un acuerdo con Milosevic en octubre de 1998, pero dicho acuerdo se vino abajo cuando el ELK declaró la guerra a las fuerzas de Milosevic.

Los Acuerdos de Rambouillet no fueron un acto de diplomacia, sino la preparación de un ultimátum para Yugoslavia, es decir un acto antidiplomático. Los medios de comunicación masiva apenas hicieron caso a las intensas maniobras diplomáticas y a las negociaciones que tuvieron lugar en el año que transcurrió entre marzo de 1998 y la campaña de bombardeos. Como suele ocurrir, los medios no cubren los hechos hasta que la guerra acecha, y en ese punto la atención se concentra en las acciones, no en los temas en cuestión ni en lo que está en juego.

AA: Usted se ha mostrado un tanto escéptico ante el concepto “conflicto étnico” y ante el valor del origen étnico como variable. ¿En qué se basa ese escepticismo?

KH: En las sociedades multiétnicas la mayoría de las personas se lleva bien la mayor parte del tiempo. No hay nada en las diferencias étnicas que conduzca al conflicto. Hay muchas sociedades compuestas por uno o más grupos étnicos, religiosos o lingüísticos en que las personas han convivido en relativa paz durante generaciones y, en algunos casos, durante siglos. Nuevamente, ¿por qué no analizamos los casos exitosos?, ¿qué condiciones han permitido que los finlandeses que hablan sueco y aquellos que hablan finlandés lleven más de quinientos años conviviendo en armonía? Claro que ha habido situaciones conflictivas y tensiones entre estos grupos, pero nunca han acabado por matarse unos a otros. ¿Por qué, hasta hace relativamente poco, Fiji, que también fue una colonia artificial, gozaba de cierta cohesión, y la población, aunque era bastante diversa, había desarrollado un sistema político en el que básicamente prevalecía el respeto mutuo? Es el mismo caso de Mauricio y otros países. Así que podemos concluir que algo sucede cuando los líderes movilizan a los grupos hasta llevarlos a la posición en que empiezan a matarse entre sí. La violencia étnica rara vez surge en forma espontánea; sucede, sí, ocasionalmente, pero en la mayoría de los casos no es sino el resultado de la movilización y del liderazgo políticos, o bien de la descomposición de la autoridad pública.



AJ: A lo largo de su obra se encuentran algunas breves referencias al fenómeno del genocidio. ¿Considera importante designar un campo de estudio independiente para ocuparse de los genocidios, o se trata de un fenómeno que se estudia mejor cuando se le incluye en la categoría más general de guerra y conflicto? Por último, ¿cuál es el vínculo entre el genocidio y la debilidad o la fortaleza del Estado?

KH: El genocidio forma parte de una catástrofe más amplia que es el “politicidio”. Según diversas convenciones de la ONU, el genocidio se define como la matanza y el maltrato deliberados de las personas con fundamento en su identidad étnica, idioma o religión. No obstante, es probable que sean más las personas asesinadas en el siglo XX no por su origen étnico, idioma o religión, sino por cuestiones políticas.

De acuerdo con la Constitución de los Estados Unidos y la teoría política británica clásica, los gobiernos son creados para proporcionar bienestar, orden y justicia a sus poblaciones. El hecho más penoso del siglo XX es que muchos gobiernos se han dedicado a lo contrario: se convirtieron en la principal amenaza a la seguridad y el bienestar de sus propios ciudadanos. Es mayor el número de personas que han perdido la vida a manos de sus gobiernos que de gobiernos extranjeros u otros grupos étnicos. Así, el genocidio forma parte de un problema generalizado y mucho más amplio que tiene que ver con la gobernabilidad. La cuestión es cómo conseguir que los gobiernos pongan freno al abuso que ejercen sobre sus propias poblaciones.

Si se define la fuerza y la debilidad del Estado en términos de legitimidad y no en términos de poder armado, con frecuencia resulta que los genocidios o “politicidios” observan una correlación con los regímenes políticos que carecen de legitimidad y seguridad, regímenes que recurren al uso de la fuerza y a otras técnicas para tratar de mantenerse en el poder. Los gobiernos estables que disfrutaban de la suficiente legitimidad y lealtad no tienen por qué recurrir al uso de la fuerza armada y de la policía secreta para preservar el poder.

AJ: Usted ha indicado que el realismo y otras teorías de la guerra hacen caso omiso del papel de las ideas. ¿Cómo resumiría su papel? ¿El lugar preponde-



rante que usted otorga a las ideas en sus análisis sugiere que de alguna forma hemos llegado al fin de la historia, en términos de las ideologías?

KH: Quizá este tema guarde cierta relación con la pregunta que antes planteó en torno de las debilidades del realismo, y yo debí haber mencionado que el realismo es, fundamentalmente, una explicación materialista del comportamiento político. El poder y la dominación parecen ser las motivaciones que marcan la pauta, pero en realidad la mayoría de las personas está dispuesta a recurrir a la violencia o a la guerra en nombre de las *ideas*. En esencia, la guerra es una empresa normativa. Tal vez en el siglo XVIII las personas iban a la guerra por órdenes del rey, así que no tenían opción. Hoy, uno necesita tener *razones* para ir a la guerra. El caso de Vietnam dejó esto muy claro, pues demostró que cuando las ideas no son honestas, legítimas, ni cuentan con la aceptación de la mayoría, hay un importante número de defecciones: grupos que se oponen a la guerra, personas que abandonan el país, insumisos, soldados ausentes sin licencia, etcétera. Todo ello no es sino una manifestación de la ausencia de legitimidad.

No se trata de un asunto que haya interesado particularmente al realismo. Sin embargo, cuanto más se estudia historia más se comprende que los grandes movimientos históricos, como el colonialismo, estén impulsados por la fuerza de las ideas: ideas de lo correcto y lo incorrecto; la religión; ideas paternalistas e ideas raciales y racistas. Es imposible movilizar a las personas y, como gobierno, gastar miles de millones de dólares, francos o marcos, en colosales aventuras en el extranjero, a menos que se convenza con ideas a todos los involucrados. En ocasiones las ideas son expresiones de miedo, seguridad, *status*, sentimientos de inferioridad o de superioridad, o prestigio, pero por lo general tienen que ver con causas de mayor envergadura. Los análisis realistas pasan por alto la dimensión ideal de la política exterior. Es sorprendente que el primer texto sobre las ideas y las relaciones internacionales escrito por un autor estadounidense (de hecho se trata de la edición de un volumen) fuera publicado hace menos de diez años.² La lectura de los grandes libros de texto realistas denota el

² Judith Goldstein y Robert O. Keohane, *Ideas and Foreign Policy: Beliefs, Institutions and Political Change*, Cornell University Press, Ítaca, 1993.



escaso análisis del papel de las ideas como fuente del quehacer de la política exterior. No obstante, las ideas han estado ahí desde los tiempos de Sócrates, ¿quién podría ignorarlas? Sin las ideas es imposible observar los cambios en la historia y de esta forma se tiende a pensar que la política internacional es un juego demasiado estático.

AJ: Otro elemento que ha estado presente desde los tiempos de Sócrates, e incluso antes, es el papel de la revolución, evidentemente vinculado al ámbito de las ideas y de las ideologías. Ya que usted percibe una relevancia continua en el papel de las ideas dentro de la política internacional, ¿ocurre lo mismo con la revolución, cree que el papel que ésta desempeña no es tomado en cuenta en su real dimensión dentro del campo de estudio de las relaciones internacionales?

KH: El libro de Fred Halliday presenta un argumento consistente al afirmar que quizá las revoluciones han provocado más guerras que cualquier otro fenómeno, además de que las guerras han sido, con mucha frecuencia, el origen de las revoluciones.³ Se trata de una relación que va en ambos sentidos. He ahí otro aspecto que los estudios de las relaciones internacionales han dejado pasar. Hay un sesgo hacia la continuidad y la regularidad, el cual hace caso omiso del registro de la historia, disponible para cualquier persona que desee revisarlo. El hecho es que las revoluciones y las guerras conservan una relación intrínseca.

AJ: ¿Considera útil la noción de “choque de las civilizaciones” de Huntington?⁴

KH: No. El Estado-nación sigue siendo la unidad relevante dentro de las relaciones internacionales. Por supuesto, existen diferencias entre las civilizaciones, pero aquello que distingue a los estadounidenses de los japoneses, además de factores obvios como el idioma y la cultura, palidece en importancia junto a aquello que los une: instituciones, hábitos, gustos, lógica económica e ideologías políticas similares. Huntington no ofrece ninguna clave que permi-

³ Fred Halliday, *Revolution and World Politics: The Rise and Fall of the Sixth Great Power*, Duke University Press, Durham, 1999.

⁴ Samuel P. Huntington, *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, 1997, México, 1998.



ta entender por qué las diferencias entre las civilizaciones, que han existido durante varios milenios, de pronto tendrían que convertirse en el principal origen de los conflictos y de las guerras en el mundo. En todo caso, lo que vemos es el desarrollo de una civilización global, en la cual las civilizaciones tradicionales están incrustadas de diversas formas.

AJ: Usted ha dicho que al tratar de resolver algunos casos particularmente recalcitrantes de conflicto y debilidad del Estado, “tal vez valdría la pena buscar alternativas” al Estado en el estilo occidental. ¿Cuál es el razonamiento que lo conduce a esta afirmación? ¿Dónde habría que buscar otros modelos?

KH: Las inconmensurables tragedias que han tenido lugar en la era poscolonial han demostrado que algunas sociedades son incapaces de transformarse en Estados viables. Somalia y el Congo, por ejemplo. Supongo que se puede analizar cómo Somalia ha sobrevivido sin ser un Estado. ¿Es mejor la vida actual en la Somalia sin Estado de lo que era hace diez años en la Somalia con Estado? ¿Es mejor la vida en el Estado ficticio del Congo de nuestros días de lo que era bajo el régimen de Mobutu, en el que había por lo menos un Estado imaginario? Hay algunos Estados de hecho, como Somaliland y el Chipre turco, aunque no cuentan con el reconocimiento legal como Estados, ¿acaso representan alternativas? ¿Qué hay de los Estados-ciudad? El asunto resulta bastante especulativo, pero no hay que olvidar que muchos de los autores dentro del ámbito de las relaciones internacionales han aseverado que el problema del mundo no es la guerra, sino los Estados, que son el origen de todo infortunio. No comparto esa opinión, aunque en algunos casos la transición a una genuina calidad o carácter de Estado parece imposible, independientemente de la voluntad y el apoyo que existan en el entorno internacional. De tal manera que hay un retorno a las formas de gobierno más tradicionales, como los clanes, las tribus, los enclaves étnicos y las ciudades o aldeas independientes. Sin embargo, algunas de las alternativas al Estado tampoco resultan muy prometedoras, ya que suelen implicar el regreso a las organizaciones de pillaje y saqueo sistemáticos. Liberia es un ejemplo de ello, pues se trata más de una organización criminal que de un Estado. Desconozco la solución, pero el concepto occidental del Estado tampoco constituye la única opción.



AJ: En los tiempos de la posguerra fría, ¿cuán seria cree que es la amenaza nuclear? ¿Le preocupan los intentos continuos, de los Estados Unidos en particular, por desarrollar una tecnología de misiles antibalísticos?

KH: Me preocupa la tecnología de defensa contra misiles por varias razones. Se ha dado excesiva importancia al fenómeno de los “Estados indeseables”. En otras ocasiones he argumentado que durante la guerra fría los Estados Unidos dedicaron casi seis mil millones de dólares del dinero de los contribuyentes al desarrollo de una doctrina nuclear y al despliegue de armamento para evitar la guerra. En un principio llamaron a estos esfuerzos la “represalia masiva”, después le dieron el nombre de “destrucción mutua asegurada”. Tanto los académicos como los encargados de formular las políticas creyeron que, aunque estaba lejos de la perfección, tal vez era la mejor manera de lidiar con las armas nucleares: nadie en su sano juicio utilizaría dichas armas sabiendo que tendrían que enfrentar la aniquilación o la represalia. Ahora bien, si la lógica de la disuasión funcionaba en la guerra fría, ¿por qué no habría de hacerlo en contra de Corea del Norte o Irán, o cualquier otro Estado potencialmente indeseable? De manera implícita, la idea de un sistema nacional de defensa antimisiles niega completamente la teoría de la disuasión nuclear. De manera implícita, afirma que se gastaron seis mil millones de dólares y ahora se quieren gastar sesenta mil millones de dólares en un sistema antimisiles que tal vez ni siquiera funcione para contrarrestar una amenaza que todavía no existe. Y en caso de que existiera, hay otras formas menos peligrosas de enfrentarla. Si los Estados Unidos compartieran la tecnología antimisiles con China y con Rusia tal vez podríamos hablar de cierto aumento de la seguridad. Sin embargo, según la propuesta actual, lo más probable es que se desate una nueva carrera armamentista nuclear. En mi opinión, el esquema estadounidense está, en realidad, orientado en contra de China, no en contra de los supuestos Estados “indeseables”. De ser efectivo, cancelaría la minúscula fuerza disuasiva de China y requeriría de la dramática expansión de su capacidad ICBM.* Semejante reacción obligaría a la India y a Pakistán a expandir sus arsenales nucleares.

* ICBM son las siglas de *intercontinental ballistic missile*, proyectil balístico intercontinental [N. de la t.].



Casi todos los políticos serios del mundo, fuera de los Estados Unidos, muestran una firme oposición al plan de ese país. Las consecuencias que puede tener son muy inquietantes. Me parece que este esfuerzo está impulsado por las clases dirigentes en el ámbito de la política interna y de la ciencia en los Estados Unidos, que están a favor de todo ello porque creen que es posible, aunque este ejercicio nuclear carezca de sustento teórico. Los riesgos que encierran las consecuencias negativas superan, con mucho, los posibles beneficios, aun cuando este ejercicio funcionara.

AJ: Quisiera disculparme porque la última pregunta que deseo plantearle pertenece al mundo de los lugares comunes, pero confío en que le resulte interesante. En cuestión de los desafíos fundamentales que la humanidad enfrenta ante el nuevo milenio, ¿dónde sitúa los temas y los asuntos que revisten importancia clave y a los que quizá no se ha dado la suficiente atención dentro del mundo de las relaciones internacionales?

KH: No estoy seguro de que los problemas en sí necesariamente pertenezcan al ámbito de las relaciones internacionales. Se ha alcanzado un progreso notable en cuanto a la contextualización y la calidad de las relaciones internacionales en la mayor parte del mundo en los últimos cincuenta años. Ahora son más las personas que viven en condiciones de relativa paz y seguridad que en cualquier otro periodo de la historia; no tienen que preocuparse por la posibilidad de que los extranjeros los invadan el día de mañana, el próximo año o dentro de diez años.

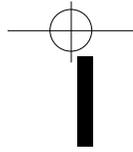
Es probable que aquí, en Vancouver, habitemos un apacible rincón del mundo, pero incluso si se visitan lugares en Europa, Asia y América del Sur se nota que los antiguos temores que acechaban a las personas comunes y corrientes en la vida cotidiana en los últimos cien años han desaparecido. Nosotros podemos darnos el lujo de preocuparnos por problemas menos relevantes, por decirlo de alguna forma. Por ello, hasta cierto punto, el campo de estudio de las relaciones internacionales ha sufrido un proceso de fragmentación. En efecto, *hay* otros problemas, pero no tienen un carácter inmediato ni de corto plazo. El calentamiento global constituye un problema descomunal, pero son muy pocas las personas capacitadas para abordarlo, porque tenemos cien años



para ocuparnos de él. En 1939 nadie tenía cien años para enfrentar a Hitler, sino un día. Me parece natural y comprensible que las personas de nuestros tiempos estén interesadas en problemas de otro tipo.

África representa un tema de gran interés y preocupación. Es una región plagada de descomposición y el panorama no es halagüeño. La mayoría de los refugiados que hay en el mundo son africanos, el perfil de desarrollo de casi todos los países africanos se está deteriorando y nadie hace caso de África desde que terminó la guerra fría. No obstante, desde la perspectiva moral, muchas personas han empezado a reflexionar seriamente acerca de qué se puede hacer por África y sobre la forma sistemática y constante de hacerlo.

En cuanto a los temas que no están vinculados con las relaciones internacionales, tengo una profunda preocupación por el estado de nuestras sociedades. Ha habido un importante descenso de civilidad, cultura y seguridad personal. Cuando yo iba a la escuela, ser travieso significaba lanzar avioncitos de papel o goma de mascar, y uno recibía una severa reprimenda. El sello distintivo de la actividad escolar actual en los Estados Unidos y Canadá está definido por balaceras, agresiones personales, falta de disciplina, detectores de metal, cacheos y registros, cámaras escondidas y falta de respeto a los maestros. La civilidad humana ha sido erosionada y se ha reducido mucho el nivel de la cultura popular, en particular en los Estados Unidos, en los últimos cuarenta o cincuenta años. Hace poco presenciamos uno de los símbolos de esa decadencia cuando una estrella estadounidense del *rap* [Eminem], conocida por la forma en que promueve el odio, la violencia, la crueldad y la misoginia, recibió varios premios y honores Grammys de manos de sus compañeros del ambiente musical. Los medios de comunicación masiva de los Estados Unidos y Canadá celebraron a este supuesto artista. Acontecimientos como ese equivalen a otorgar el premio Pulitzer a Hitler por haber escrito *Mi lucha*. En estos tiempos, la cultura de las masas, por lo menos en la versión que prevalece en esta región del mundo, tiene poco de admirable. Es cierto que las generaciones más antiguas siempre acaban por condenar la laxa moralidad de las más jóvenes. Sin embargo, la exaltación contemporánea de la violencia, el sexo casual, el consumismo y el odio no tienen precedentes, y eso resulta bastante perturbador. Es más que una moda pasajera. Las empresas más importantes de comunica-



ción masiva promueven esta exaltación en la escala mundial: usufructúan con la degradación. Resulta paradójico notar que, a medida que las sociedades cuentan con mayor riqueza material, la vida social muestra crecientes signos de patologías profundas. En sí mismo no constituye un problema de relaciones internacionales, pero podría tener consecuencias para las relaciones internacionales en el largo plazo. ❧